

RESPONSO DE LA TARRAFA

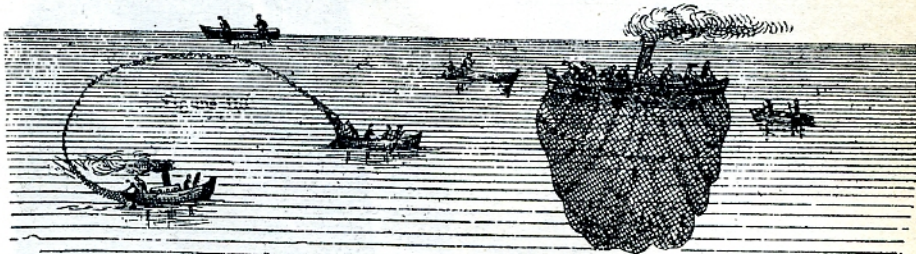
A Emilio Martín,
ayamontino de pró.

La tarrafa es un arte que muere. Dentro de pocos años quedará como recuerdo histórico, para convertirse en maqueta y enriquecer el Museo Massó, o en estampa destinada a las nuevas ediciones del Sañez Reguart o del Rodríguez Santamaría, nuestros clásicos de la catalogación de aparejos piscatorios.

El arco geográfico sudatlántico era la región tarrafera por excelencia. Hubo un tiempo que aquende y allende el Guadiana divisional, el arte de la tarrafa dominaba el rumoroso mundo industrial de la sardina. Españoles y portugueses lo utilizaban en paz y en gracia de Dios, sin hacer caso de las tres millas ni de las seis, interfiriendo con fecunda libertad los dominios teóricos de sus respectivos Estados sobre el espacio marítimo. Esta simpática comunidad impuesta por la fuerza de la costumbre, perdura. Lo que no perdura es el auge de la tarrafa como arte sardinero del Sur.

Los algarvios la abandonaron por antieconómica. La flota sardinera de Vila Real de Santo Antonio, Olhao y Portimao, se ha motorizado, utiliza la eco-sonda y maniobra con el cerco corto. El rendimiento ha aumentado considerablemente y el número de hombres a bordo se ha reducido. Ahora comienza a introducirse el halado mecánico de las redes, mediante el "power-block puretic", y el número de lances por día casi se duplica, con menor empleo de mano de obra.

Del lado andaluz las cosas marchan más lentamente, como si la sombra indolente de Boabdil las envolviera aún. La tarrafa va muriendo, muriendo... sin que se advierta, más que esporádicamente, el advenimiento de la flota de sustitución. Años atrás, en la provincia de Huelva, concentrada prin-



cipalmente en Ayamonte y en Isla Cristina, durante la temporada de sardina se armaban unas sesenta tarrafas. En la actualidad subsisten... cuatro.

No han sido barridas por el Levante, que sopla a través de las mitológicas columnas del Estrecho. Han sucumbido bajo el peso de 80 hombres de tripulación por buque, del antieconómico consumo de carbón para alimentar la nave, del millón de peseñas que hoy es el costo de adquisición del arte con una profundidad de 40 brazas y un kilómetro de longitud... Contra semejantes desorbitaciones, sólo la pesca milagrosa podía asegurar una mediana productividad. Y los milagros, tanto en la tierra como en la mar, no se producen todos los días.

El fenómeno cuya imagen intentamos reflejar, tiene repercusiones sociales y económicas apreciables a flor de piel. Entre las primeras están los 5.000 puestos de trabajo estacional, que se han ido perdiendo durante el proceso de decadencia de la tarrafa en el Sur. Entre las segundas está la paralización prolongada de los negocios de salazón, típicos en aquel sector costero, y la disminuida actividad de las fábricas de conserva, ajenas a la monopólica red del Consorcio Almadradero.

Es de suponer que algún día se intente una política de rehabilitación de la pesca de superficie. Tanto en Galicia como en el Sur, una fabulosa fuente de riqueza se

ha ido cegando, por el abandono en que este sector ha caído. Mientras la industria de altura y gran altura, por lo menos ha tenido a su alcance las ventajas del Crédito Naval, la artesanía costera que alimentaba la industrialización a expensas de los filones pelágicos, se fué poco a poco anquilosando, sin que nadie le extienda una mano salvadora. A pesar de tanta literatura sentimental que se ha producido en torno a la figura del humilde pescador, y de las eventuales reacciones de solidaridad destinadas a mitigar el dolor de los zarpazos de la muerte.

La decadencia de la tarrafa no es más que un aspecto de la decadencia generalizada que se ha apoderado del sector de superficie. Tiene en estos momentos ese valor de ejemplo, para los que tengan sensibilidad suficientemente afinada y extensa, aptitud para captar la patología del sistema económico pesquero. Que, ciertamente, no debe ser una virtud muy difundida, cuando las cosas se dejan llegar a estos extremos, sin que se vislumbren perspectivas de evolución.

Las circunstancias nos obligan a entonar hoy el responso de la tarrafa. Tengamos la esperanza de que otro día podamos alzar la voz en aléluya de un nuevo arte tecnificado y productivo. Aunque más que aléluya, amigo Martín, tratándose de Huelva, iría mejor un fandanguillo...

Y tú ya me entiendes.

MAREIRO